

Mi personal lectura de W. G. Sebald (y II)

Análisis del paralelismo entre los atentados del 11-M y la obra de Sebald.

AUGUSTO M. TORRES

Mientras tanto había comenzado a leer *Austerlitz* (2001). Sabía algo más de W. G. Sebald, pero no mucho. Había muerto en 2001, a los 57 años, en accidente de automóvil. Debate, además de *Los emigrados*, su segundo libro, había publicado *Vértigo*, el primero, y *Los anillos de Saturno*, el tercero, y Anagrama *Austerlitz*, que había obtenido múltiples galardones y es la última y mejor de sus novelas?

Es un texto difícil y apasionante, sin apenas capítulos ni puntos y aparte, interrumpido por una colección de fotografías alusivas. A través de las relaciones de un anónimo narrador y múltiples disquisiciones, cuenta la vida de Jacques Austerlitz a lo largo de treinta años, desde que en 1967 se conocen en La Salle des Pas Perdus de la Central Station de Amberes; y la de un niño judío de Praga, cuya fotografía aparece en la portada, disfrazado para ir a una fiesta, refugiado en los años cuarenta en un pequeño pueblo, en Gales, donde vive con el predicador y su mujer, que al descubrir su origen y su verdadero nombre comprende las razones de sentirse un extraño. Sebald vuelve a la técnica de *Los emigrados*, el narrador anónimo, ¿él mismo?, a quien alguien cuenta las razones que le han llevado a vivir fuera de

su país. Su interés radica en la historia en sí, los judíos, Alemania, la II Guerra Mundial, los campos de concentración, y en la forma en que esta contada, donde al hilo del relato cabe cualquier desviación.

Con el Gobierno del Partido Popular en funciones, sucedieron desastres que probaban la irresponsabilidad de convocar manifestaciones el 12 de marzo, al día siguiente de los atentados de Atocha. El 3 de abril, *El País* titulaba a cuatro columnas “Hallada una bomba como las del 11-M en la Línea del AVE a Sevilla” y debajo, en cuerpo menor, “El explosivo, con 12 kilos de Goma 2 ECO, obliga a suspender el servicio de trenes”. Esa noche vi en distintos telediarios el brutal enfrentamiento entre terroristas islamistas y policías en el madrileño barrio de Leganés. El 4 de abril de 2004, *El País* volvía a titular a cinco columnas “Tres terroristas islámicos se inmolan en Madrid y matan a un policía”, y en cuerpo menor “Otros 12 geos y agentes resultan heridos por la explosión de un edificio de viviendas”. “El ‘comando’ suicida está vinculado al 11-M”. “Al menos 16 familias pierden sus hogares”. Además de un toque de humor negro, que nunca falta en estos desastres, “Gritaban ¡Alá es grande! o algo así”. En días sucesivos se comprobó que los terroristas que se habían suicidado, para no caer en manos de la policía, eran siete. Debido al destrozo de sus cuerpos, siguiendo con el humor negro, se supo el número de víctimas al dividir por dos el número de piernas encontradas.

Por estas fechas leí *El hombre que inventó Manhattan* (El Aleph, 2004), de Ray Loriga. Más que una novela, es un libro de cuentos sobre el fondo de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. Me gustó uno sobre un abogado enamorado de dos hermanas coreanas, a las que sigue en el Metro, pero dejan de interesarle cuando se separan. Un morbo comparativo me llevó a leer *Ventanas en Manhattan* (Seix Barral, 2004), de Antonio Muñoz Molina, que trata el mismo tema. Lejos de *Ardor guerrero* (Alfaguara, 1995), donde hace apasionante algo tan poco atractivo como su servicio militar en Vitoria, se limita a alargar las crónicas publicadas en *El País* por esas fechas, que le sorprendieron en Nueva York, con mirada de turista, sin indagar en el fondo de la ciudad ni de los hechos.

El 16 de abril de 2004 José Luis Rodríguez Zapatero fue elegido presidente del Gobierno con los únicos votos en contra del Partido Popular. El 18, horas después de que los ministros de su Gobierno tomaran posesión de sus carteras, anunció el regreso de las tropas españolas de Irak, para acabar con la participación de España en una guerra que nunca debió existir, que había originado múltiples manifestaciones de protesta, había sido origen del atentado terrorista más sangriento ocurrido en Europa y de un inesperado cambio de Gobierno.

Proseguí mi lectura de Sebald con *En Los anillos de Saturno* (Die Ringe des Saturn, 1995), traducido por Carmen Gómez y Georg Pichler y editado en 2002 por Debate. Sebald utiliza la tradicional estructura del viaje para escribir la menos novela de sus libros. Al final, con excesiva modestia, lo denomina apuntes e incluye un Sumario para que sirva de mínima guía entre tantos personajes e historias, a pesar de que sería de mayor utilidad un índice onomástico.

Lo mismo que hace Claudio Magris en *El Danubio* (Danubio, 1986), editado en 1988, por Anagrama, traducido por Joaquín Jordá, que por esas casualidades del lector empedernido, leo al mismo tiempo, al recorrer, pocos años antes de la caída del muro de Berlín, es decir del final de la II Guerra Mundial, el curso del Danubio desde sus fuentes, ¿un grifo?, hasta su desembocadura, escribe sobre cuanto ve y se le pasa por la cabeza durante el itinerario. Y, a otro nivel, por citar solo libros contemporáneos, José Saramago en *Viaje a Portugal* (*Viagem a Portugal*, 1995), editado en 1995, en traducción de Basilio Losada, al limitarse a hacer un recorrido de norte a sur por su país, centrado en las múltiples iglesias de estilo manuelino que encuentra en su camino y sin la gracia e imaginación de Sebald o Magris.

El anónimo narrador de *Los anillos de Saturno* hace múltiples consideraciones con la excusa de un viaje realizado en agosto de 1992 por el condado de Suffolk, la costa este del Reino Unido. Investiga sobre el famoso cuadro *Lección de anatomía*, de Rembrandt, donde demuestra que el cirujano Nicolaas Tulp en lugar de abrir el cadáver, como es habitual, solo abre el brazo izquierdo, pero está colocado como el derecho, por tratarse de un ladrón. Escribe, ¿por primera vez?, sobre

las dificultades de los escritores alemanes para referirse al desastre de la II Guerra Mundial. Además de narrar, entre diferentes calamidades familiares y de cualquier otra índole, con su facilidad para enhebrar un tema con otro, los comienzos de Joseph Conrad, el final del emperador chino Hsien-feng y la maldad de su viuda la emperatriz Cixi, historias relacionadas con los escritores Charles Swinburne, Michael Hamburger, Edward Fitzgerald, el vizconde de Chateaubriand y el naturalista Thomas Browne, que enlaza con el principio y finaliza con una exposición de la difusión de la sericultura en Europa.

Los libros de Sebald son una compleja mezcla de autobiografía, viajes, recuerdos y consideraciones en torno al desastre que es la humanidad, sobre los más diversos temas, más cercanos al documento que a la ficción, y me hacen preguntarme: ¿de dónde salen las fotografías, recortes de prensa e ilustraciones que contienen? En ninguno de sus libros se indica su procedencia. Imagino que el autor es el propio Sebald, dedicado a la búsqueda de recortes de prensa e ilustraciones con la misma minuciosidad con que escribía. Esto me lleva a otras preguntas. Solo en *Los anillos de Saturno* hay una fotografía donde aparece él. ¿Quién las hizo? ¿Que fue antes las fotografías, los recortes de prensa, las ilustraciones o el texto?

Leo la noticia de la muerte, el 15 de julio de 2004, en Massachusetts, a los 84 años, de Charles W. Sweeney, piloto del avión norteamericano que el 9 de agosto de 1945 lanzó la bomba atómica sobre Nagasaki. Tras las pruebas realizadas en Los Álamos, se construyeron dos bombas atómicas. La primera la lanzó, el 6 de agosto, el avión B-29 *Enola Gay* sobre Hiroshima, acompañado por el B-29 *The Great Artists*, pilotado por un Sweeney de 25 años. Tres días después, el B-29 *Bocksar*, pilotado por Sweeney despegó con la segunda para arrojarla sobre la ciudad de Kokura, las nubes impedían ver el objetivo y se dirigió a Nagasaki, objetivo secundario, y lanzó la denominada *Fat Man*, que causó más de setenta mil muertos. Las necrológicas insisten, no en la suerte de los habitantes de Kokura y la desgracia de los de Nagasaki, como parecería lógico, si no en que Sweeney, que en 1956 fue nombrado brigadier general de las fuerzas aéreas de Estados Unidos,

siempre defendió los bombardeos, y esperaba que no volvieran a realizarse misiones de este tipo.

Me resultó difícil leer *Vértigo* (Schwindel. Gefühle, 1990), publicada en 2001, también por Debate, en traducción de Carmen Gómez. Al igual que *Los emigrados*, está integrada por cuatro relatos autónomos, apenas relacionados entre sí. En *Beyle o el extraño hecho del amor* hace una semblanza de Henry Beyle a través de sus viajes y amores por Italia, sin apenas citar su actividad literaria ni decir que sería conocido como Stendhal. En *All'estero* cuenta mínimas incidencias de un par de viajes de un narrador, que no es otro que el propio Sebald, de Viena a Venecia, Verona, Limone sul Garda, Milán y otra vez Verona, donde tiene dificultades para obtener fotografías para ilustrar sus obras. En *Viaje del Dr. K. a un sanatorio de Riva* narra la estancia de Franz Kafka, pero sin llamarlo por su nombre, en un sanatorio de Riva sul Garda, que el propio Sebald había investigado en el ¿relato? ¿capítulo? anterior. En *Il ritorno in patria* cuenta como, tras treinta años de ausencia, el anónimo narrador regresa a W., el pueblecito de la región suroccidental alemana donde pasó su infancia, una de sus narraciones más cálidas, dentro de su característica frialdad, donde incluso hay atisbos de erotismo.

Si a los alemanes les ha resultado imposible escribir de la tragedia que para ellos supuso la II Guerra Mundial, y los japoneses han encontrado similares dificultades para tratar idéntico tema, los españoles no han tenido este problema para hablar de los atentados del 11 de marzo, de esta batalla de la III Guerra Mundial. No tardó en crearse una Comisión Parlamentaria y durante el verano de 2004, sus gestiones ocuparon mucho espacio de diarios y medios de comunicación, cada día más convertida en lugar de intercambio de acusaciones entre el Partido Popular y el Partido Socialista, sin plantear la pregunta clave. ¿Por qué los atentados se produjeron tres días antes de las elecciones generales del 14 de marzo de 2004?

Vi *Lluvia negra* (*Kuroi ame*, 1989), una de las pocas películas japonesas sobre el final de la II Guerra Mundial y escribí la correspondiente ficha. Dirigida por el japonés Shohei Imamura, describe la otra

cara de la misma moneda, una de las pocas muestras cinematográficas de lo que supuso el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki para sus habitantes. Algo que los alemanes nunca han hecho sobre los bombardeos que destruyeron sus ciudades durante la II Guerra Mundial y diezmaron a su población. Comienza con el lanzamiento de las dos bombas atómicas, pero lejos de los momentos catastróficos y casi surrealistas de las primeras escenas, reducidos a *flashbacks*, se centra en sus consecuencias sobre la vida cotidiana de los habitantes de un pueblo. A partir de una novela de Masuji Ibuse, Imamura hace una de sus más duras, mejores y menos conocidas películas, a pesar de obtener un importante premio en el Festival de Cannes. Rodada con eficacia, es buena prueba de la sencillez a que llega su barroco estilo y de su habilidad narrativa.

Quizá la mejor forma de leer a Sebald, o a cualquier otro autor, sea por orden cronológico. No lo he hecho así en este caso, ni en ningún otro, y no me arrepiento. Es una peculiar manera de acercamiento a un autor y a su mundo, parecida a un descubrimiento en toda regla, que funciona bien. La casualidad me hace leer un libro y si me gusta, poco a poco, sin ningún orden, leo el resto de las obras de su autor. Lástima que la de Sebald sea tan breve, a pesar de que su lento y tardío éxito en castellano hace que tras su muerte se publique algún texto de su primera etapa.

Al leer su obra en desorden, es fácil apreciar cómo de la sencillez de *Vértigo* pasa a una mayor complicación en *Los emigrados*, que podrían definirse como libros de cuentos, y *Los anillos de Saturno*, que sería un libro de viajes. Tras la pausa del ensayo *Sobre la historia natural de la destrucción* llega a la complejidad de su obra maestra *Austerlitz*, su única novela, situada entre la realidad, la ficción y el ensayo. Reconozco que las consideraciones sobre la arquitectura de las estaciones ferroviarias con que comienza no resultan fáciles de superar, pero esta mezcla de cosas, las célebres páginas sobre la vida de las polillas, por ejemplo, o su creencia de niño pueblerino de que las ciudades son un montón de ruinas, muros con ventanas a través de las se ve el cielo, hace que tenga una vida, una originalidad, difícil

de alcanzar de otra forma. En cualquier caso, es evidente el avance en su obra, que puede considerarse como un único bloque dividido en cinco partes, pero su muerte calla a uno de los grandes escritores europeos de finales del siglo XX.

Durante toda la legislatura, del 14 de marzo de 2004 al 9 de marzo de 2008, los diferentes mandos del Partido Popular no dejaron de quejarse de los resultados electorales, que de no ser por los atentados, habrían ganado, sin darse cuenta, o querer dársela, que quizá hubiese sido así, pero fallaron debido a su mala gestión, llegando a sabotear el desarrollo de la comisión investigadora y algunos de sus miembros, no todos, a no admitir la sentencia del juicio. Tras la inesperada derrota del 9 de marzo de 2008, donde José Luis Rodríguez Zapatero volvió a imponerse a Mariano Rajoy, comenzaron a echar tierra sobre el asunto, darse cuenta de que esa táctica no servía para nada y llegar casi a olvidarla. A pesar de que parezca mentira que el diario *El Mundo* puede resucitarla y el dolido José María Aznar siempre la tiene presente.

Al mismo tiempo la editorial Anagrama publicó otros libros menores de Sebald, colecciones de artículos, bocetos de novelas sin acabar. Entre ellos destacan *Del natural* (Nach der Natur, 1988), subtítulo *Poema rudimentario*, y la recopilación de textos *Campo santo* (2003), el primero traducido en 2004 y el segundo en 2007.

El extraño poema en prosa *Del natural* es el primer libro publicado por Sebald y último que se edita en España. Está dividido en tres poemas. *Como la nieve en los Alpes* lleva una cita del Canto II de *Inferno*, de Dante y, en su peculiar estilo, aún sin depurar, pasa de una cosa a otra con simplicidad, hace un retrato del pintor Matthaeus Grünewald. *Y si me quedara junto al mar remoto* tiene una cita de *Los mundos*, de Friedrich Gottlieb Klopstock, narra la vida del botánico G. W. Steller y, en concreto, su experiencia en la expedición rusa de Vitus Behring en su intento de descubrir la ruta hacia Alaska. *La noche oscura hace una incursión* tras una cita de la *Primera égloga*, de Virgilio, cuenta la boda de sus abuelos, su nacimiento en plena II Guerra Mundial, el olvido de los alemanes de su reciente pasado, su

exilio en Inglaterra y una estancia en Múnich para ver en su pinacoteca el cuadro *La batalla de Alejandro*, de Altdorfer.

Demasiadas cosas para tan pocas páginas, solo puede interesar a admiradores que quieran percibir cómo entre 1988 y 2001, de *Del natural* a *Austerlitz*, puede mejorar tanto, depurar el esbozo de su estilo hasta su pleno desarrollo, y comprobar cómo desde el primer momento le atormentan los mismos temas. En cualquier caso, y en contra de lo que parecería lógico, recomendaría leer a Sebald en orden inverso, empezar por *Austerlitz* y acabar por *Del natural* como mejor forma de husmear en su intrincado estilo. No es difícil perderse en el trayecto, si hubiese comenzado por *Del natural*, no habría seguido.

En la recopilación de textos *Campo santo* destacan tres fragmentos de una novela que, a mediados de los noventa, comenzó a escribir sobre Córcega. Entre *Pequeña excursión a Ajaccio* y *Los Alpes en el mar*, destaca *Campo santo* por relatar una visita al cementerio de Piana y por las conclusiones que extrae de las costumbres mortuorias corsas. También incluye breves ensayos sobre Peter Handke, Günter Grass, Peter Weiss, Jean Améry, Ernst Herbeck, Kafka, Nabokov..., prescindible para los admiradores de Sebald, pero no de los escritores escrutados por el personal punto de vista desde el que los observa.

Tiene menos atractivo *Pútrida patria*, que en 2005 publica Anagrama con el subtítulo *Ensayos sobre literatura*, que incluye los textos de *La búsqueda de la infelicidad* (Die Beschreibung des Unglücks, 1985) y *Pútrida patria* (Unheimliche Heimat, 1991). En el primero hay ensayos sobre *Relato soñado*, de Arthur Schnitzler, *El castillo*, de Franz Kafka, Elias Canetti, Thomas Bernhard y Peter Handke, y en el segundo de nuevo sobre Kafka y *La repetición*, de Handke, Joseph Roth, Hermann Broch y Jean Améry.

[La primera parte de este artículo se publicó en el número anterior, 240].



AUGUSTO M. TORRES ES CINEASTA Y ESCRITOR.